

Huerto de cruces

—Este artículo ganó el Premio Mariano de Cavia, correspondiente al año 1924. Grabiél Miro nació en Alicante el año 1879; publicó su primera novela, *La mujer de Ojeda*, a los veintidós años de edad; dióse a conocer en Madrid al ser premiada, por *El Cuento Semanal*, su novela *Nómada*, y luego destacóse como escritor de hondo misticismo y depurado estilo, con su obra *Figuras de la Pasión*.—

1

A media mañana principia a removerse el entierro de Manihuel por el camino del Calvario. Las piteras están en flor; tortas de flor amarilla y apretada como girasoles. Zumban las avispas. Cantan los gallos en los estercoleros de las cuestas.

Lleva la cruz parroquial un mozo labrador de sotana corta y alpargatas nuevas. Los monacillos alzan los ciriales como follajes frescos, y el sacristán, con gafas de mal lector y cráneo moreno, calvo y español, lleva el acetre de bronce en el brazo como un cesto de fruta; en el puño, el libro de los responsorios, y de su belfo le mana el caño de su Réquiem.

Detrás, en los hombros de cuatro jornaleros, se tuerce el ataúd negro como una barca vieja, hundida en el azul.

Resplandor amarillo de las vestimentas de oro pobre y felpa de luto. El párroco, con antiparras de mendigo, se abre los alones de la capa pluvial y se pisa el alba. El vicario rojo, sedando bajo su sombrilla, se para, se enjuga, se asoma al valle, un alfoz verde de almendros y de higueras.

Y a lo último, sigue gente enlutada, que va remansando en el portalillo del cementerio.

Aparece Gasparo Torrealba, el sepulturero, y destapa el ataúd. El sol se aprieta como un jugo en la nariz de Manihuel. Una abuelita arranca la almohada del difunto para llevársela a la familia, sin mullir la huella helada de la cabeza.

Gasparo, Sigüenza y los jornaleros se quedan solos en el huerto de cruces.

Pasan cuatro cuervos en vuelo suave. Parece que abran el azul con el corte de las alas. Se remontan croando. No dan pesar de cementerio. Son pardales de buen malhumor; y en medio de la mañana ahondan y hacen más agreste la soledad.

Gasparo se reía llamándoles galopos, Nunca cometieron aquí daño los negros compadres. Se posan en el último tapial mirando las higueras, ahora que se regañan las brevas con rajadas blancas y huelen de maduras. Acuden de la Aitana. Bajo sus ojos redondos van pasando los campos calientes: de algún derrumbadero, quizá les sube el husmo de una carroña; en un muladar aldeano puede que fermente el bandullo de una res; en algunas tierras, secas y enjutas, hay un rodal de gleba removida, crasa del unto profundo de haber enterrado un jumento. Todo lo adivinan los buenos pardales, que se ponen a volar encima redondamente. Pero su regocijo se lo trae el verano con sus higueras verdes, plorosas, de todas las castas mejores que se crían en los bancales tranquilos, escalonados al pie del campo santo. Porque ellos saben que aquello es un campo santo; y que lo cuida Gasparo Torrealba, y saben también que es día de fiesta y no hay labriegos en los huertos.

—¡Ay, los galopos!—dice Gasparo.

Los galopos apeonan brincando por las tapias como dueñas que se arregazan el faldellín para sus albricias y carantoñas. Por cuervos jóvenes que sean, parecen viejos. Se asoman, tienden las alas coronando las cruces, graznan como si se asustasen y se fuesen y, de improviso, se precipitan, y las higueras se abollan y retiemblan. En un instante los pámpanos,

las ramas, el tronco se apiltrafan de brevas rasgadas; todo se impregna de un olor de confitura tibia y agria.

Las moscardas vienen a chupar en la cara de Manihuel. El sol de Junio acerca a Sigüenza la impresión del paño de invierno de las ropas duras del difunto. La piel y el hueso de sus pulsos hundidos exhalan un frío mojado bajo la temperatura y el azul estival. A veces, llega una respiración salina y le mueve una greña seca a Manihuel y le alborota a Sigüenza su cabello; a los dos.

En el portalillo los rapaces del pueblo piden que les abran. Gasparo se amohina. Un labrador intercede. Está siempre cerrado el cementerio. Hoy no hay escuela, y hay entierro. Es un gozo y una ansiedad que no pueden resistir los chicos. En fin, les abre, y pasan a botes atropellándose, como si saliese una lluecada a picar en un lebrillo de afrecho.

Zumba el azul. Pasan tan cerca los cuervos, que se les ve el buche gordo de alimento blando y dulce de viejos, y en el filo de los muros se mondan el pico pringoso de la granilla encarnada y pastosa de las brevas.

Los chicos corren apedreándolos desde las tumbas. Y Manihuel sigue fermentando bajo el sol y el campaneo glorioso de San Pedro y San Pablo.

Una mata de pasionarias sube colgando por el nicho donde han de sepultar a Manihuel. En cada flor hay una abeja que late gorda, llenándose de jugo de los clavos del Señor. Gasparo Torrealba quiebra con su escardillo la corteza de yeso y adobes, y saca entre los follajes un ataúd estrecho, blanco y andrajoso. En seguida lo rodean los muchachos para mirar por las rajaduras.

—¡Es Lluiset, es Lluiset!

—Sí que es Lluiset—dice Gasparo—. Lluiset, nieto del difunto, era monaguillo de la parroquia. Un carro de estiércol le chafó una rodilla. La criatura penó mucho para morir. Se enrollaba, y se le quedó la pierna hinchada y horrenda como una pata de buey viejo.

Los chicos le atendían devorando el ataúd con los ojos. Y Sigüenza lo abre.

Está Lluiset con su sotanilla podrida y sobrepelliz, que parece de recortes de papeles; un pie, el de la pierna intacta, se le ha caído entero en un rincón, y el otro sigue cuajado en la pata deforme de bestia.

Todavía hay que bajar un ataúd despellejado muy grande.

—Aquí está la suegra de Manihuel—dice Gasparo Torrealba—. Murió a los noventa y siete años.

Los chicos rebotan de gozo por la golosía de mirar.

Es una vieja corpulenta; toda, hasta la mortaja y las calzas plegadas, es de barro cocido. Le cuelga en el seno una bolsica tiesa. Gasparo se la toma, y le descubre un sapo seco, liso, de manecillas primorosamente miniadas.

—Esto lo ponían de remedio contra los ojos. Y lo deshace entre sus uñas hembras. De súbito, se revuelve, y arroja del hortel a los rapaces y atranca la puerta.

Riéndose del susto que les dió, se llega a la desenterrada, y principia a catarla con su pulgar remachado desde los hombros a la calavera, que aún tiene en el hueso la mueca de la agonía.

Entran en el nicho la caja de Lluiset; encima, la del abuelo; y han de aupar, en lo último, el ataúd de la vieja. Pero Gasparo mide con legón el cadáver. Ni destapado ha de haber. Le sobra la calavera, y se la desgaja, llevándose un sartalejo de vértebras de cartón, y la envía rodando al fondo de la sepultura.

A fumar junto a la muerta descabezada, que no parece una muerta. Los bordes del cuello tronchado se llenan de sol y de brisa. Lo que menos se le ocurre a Sigüenza es decir lo que todos hemos dicho alguna vez: ¡«No somos nada»! Porque